

EL MALETIN DE HONOR

(Exclusivo para Excelsior)

Enterados de que me proponía emprender un nuevo viaje, buenos amigos—entre los que figuran los claros nombres de Hernández Catá, Jimenez de Asúa, Manuel Fontdevila, Juan Cristobal, Joaquín Arderius y Romero de Torres—quisieron tributarme un homenaje de afecto y consideración. ¿El consabido banquete...? ¡Oh, no! El selecto literato, el periodista insigne, el

tres o a las plumas de honor que se confieren a los cinceladores del estilo. Un honoroso presente adecuado a mi especialidad. Y entonces... Pero les dejo a los obsequiantes la palabra, copiando de la convocatoria que hicieron pública: "Entre nosotros ha surgido la idea de regalar a quien tanto viaja lo que para todo viajero es artículo de primera necesidad:



El ilustre escritor don Luis de Oteiza, al partir en la Estación de Atocha, de Madrid, recibiendo el maletín de honor del que le hace entrega en nombre de los donadores, el ilustre literato portugués Norves Teixeira. Foto-Alonso (Madrid)

director de "Heraldo de Madrid", el gran escultor, el novelista de vanguardia y el mago de la paleta y los pinceles están muy por sobre de tan plebeyo agasajo, y considerándome a mí—con ben volencia generosa—digno compañero de ellos en aristocracia espiritual, renunciaron a honrarme como a cualquier nuevo rico de la fama. En el consabido banquete no había ni que pensar siquiera.

Pero entonces había que pensar en otra cosa. Y en otra cosa pensaron, resultando—¿cómo no, dada la categoría intelectual de los que pensaban?—algo extraordinario. Decidieron hacerme un presente análogo a las espadas de honor que se otorgan a los guerreros ilus-

tratos. ¡Un maletín que en este caso será de honor!"

La idea tuvo un éxito grande. En las librerías de Fe, Pueyo y Parnaso, en la secretaría del Círculo de Bellas Artes y en las redacciones del "Heraldo" y de "La Libertad", acudieron a dejar sus cuotas para la compra del maletín y sus firmas para estamparlas en la plancha de plata de este muchos escritores, artistas y políticos. ¡Hasta políticos! que, por lo extraño del caso sin duda, salieron para eso del ostracismo en que gimen! Ese Madrid tan novelesco, acogió complacidísimo la novelera.

Y yo también. Lo confieso paladinamente. Me complació el agasajo en extremo. Seguí in-

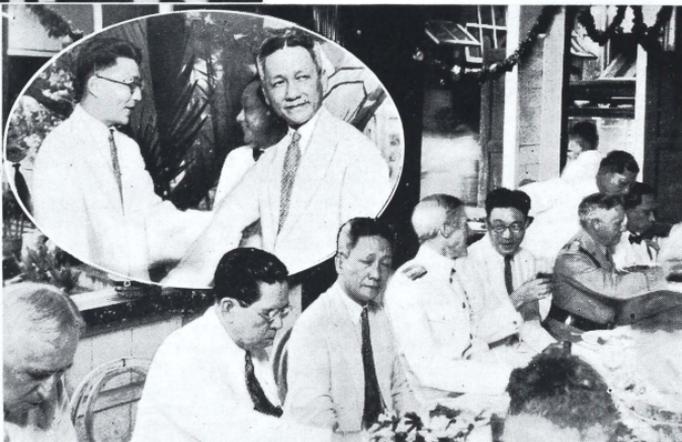
"Tea Party"
 en el "Cosmos
 Club"
 ofrecido por
 el Consul General
 Chino,
 Mr. Kwong y
 Sra., en honor
 a la notable
 artista y es-
 critora china,
 Sra. de Liao
 Chung Kai.
 En la foto-



grafia aparecen entre otros: Sr. C. Palanca, Sra. de Chu, Sra. de Liao Chung Kai, el Consul, Sr. Kuong y Sra., Senador Osmeña y Sra., los Secretarios, Sres. A. Santos, Vargas, y Ventura; el Consul Suizo, Sra. de Y. T. Oei, Srtas. Pi Wa Lai, Poi Lang Whong, Lou Kin Yung y Chan Hung Yung; el Consul de España, Sr. Calderon; Sr. R. Fernandez y el Sr. W. Trinidad. Foto izquierda: La Sra. del Ministro del Exterioir del gobierno nacionalista chino; Sra. de Liao Chung Kai y el Consul Mr. Kwong.

Recepción en el "Oriental Club" por el 18.º aniversario de la vecina República China. En el inserto; los Presidentes interinos de ambas

Cámaras, Sres. Osmeña y Paredes, saludando al Consul de la República China en Manila, Sr. Kwong. Abajo de izquierda a derecha: El Alcalde Sr. Earnshaw, Senador Osmeña, Almirante McDougal, Consul Kwong, General Malone y el "Speaker" Paredes que ocuparon la mesa presidencial en el banquete.



teresado las listas de adhesión, que crecían y se elevaban—¡tantos inscritos y algunos tan ilustres!—; me asombró la suma a que montaba la suscripción—en vez de un maletín iba a ser un baúl lo que me comprasen—, y finalmente, cuando en la Estación de Atocha, Novaes Texeira—se designó a este eximio lusitano, para dar carácter internacional al homenaje—me hizo entrega del obsequio, ante los fregonazos de magnésio de los reporteros fotógrafos, me estremecí de orgullo. Más ahí terminó mi goce, empezando mis quebrantos.

Arrancó el tren, y yo, con el maletín en la mano, entré en mi departamento. Entonces—antes lo habían estado haciendo cuantos acudieron a despedirme—pude examinar el magnífico regalo. Y me quedé frío, yerto. Defraudado no, ¿eh? Ya calificué al regalo de magnífico. Pero por esa misma magnificencia...

Es el maletín de finísima piel con broches de plata, y en su tapa lleva una plancha de metal repujado, donde, además de honrosa dedicatoria—“Al literato *inquieto y andariego* Luis de Oteya sus amigos y admiradores”—, van grabadas las firmas de todos los que han contribuido a regalármelo. Y por dentro, sobre guatado de raso azul, profusión de objetos de tocador, más que suficientes para aumentar la belleza de una profesional de los encantos físicos, de cristal tallado los frascos, de plata labrada las cajas y polveras y de rubia concha los peines y demás pulidores.

¿Qué hago yo con esto?, ha sido la pregunta sin respuesta que me formulé. Marchar por el ancho mundo, saltando de un tren a un auto y de un navio a un avión, con semejate impedimento es imposible. Ya no podría hacer nada en mis viajes sino cuidar del maletín. Y todavía habría de serme difícilísimo cuidarle, pues no existiría un ladrón que al verlo no se sienta tentado por él, sin contar con que el menor roce puede mancharlo y romperlo el golpe más leve... Mi vida una vida de vigilancia y de esmero, iba a ser precisa para la custodia y el mimo del maletín dichoso.

¡Ni a dejarlo en la red del vagón me atreví. ¿Si una sacudida del tren lo hiciera caer?... ¿Si otro viajero le pusiera encima un bagaje de verdad?... Lo envolví en mi manta, como a una criatura enferma, y compartí con él la estrecha litera del coche-cama, cosa que ni con una mujer amada he hecho nunca.

Y luego, al pasar al coche-comedor lo he llevado conmigo, no decidiéndome a dejarlo solo. Y después, he cargado con él en la Estación, pues no era prudente confiárselo a un mozo. Y por fin llegado al Hotel, lo he depositado en la caja de caudales.

He meditado mucho respecto a lo que debiera hacer con el maletín de honor, decidiendo, al

cabo, que llevarlo a América no cabía dentro de mis posibilidades. En los Estados Unidos tendría que pagar detectives para su guarda y en México que alzar un cuerpo de ejército para su escolta. Y, sobre todo, con ese maletín al que atender y defender, ¡resultaría que viajaba sin maletín!

Sin un maletín donde meter ropa sucia o restos de comida; sin un maletín que me sirviera de almohada; ¡sin un maletín que tirar a la cabeza de un impertinente... Sin el maletín que, como han dicho muy bien los que solo se equivocaron al regalármelo de honor, “es artículo de primera necesidad para todo viajero”.

De mis meditaciones saqué por consecuencia que con este maletín de honor había de ocurrirme lo que con las espadas de honor a los caudillos y con las plumas de honor a los estilistas: ni los unos se baten más, ni los otros vuelven a escribir desde que esas preseas logran. Y se comprende, pues no sirven para los respectivos casos. ¡Igual que para el caso que a mí respecta no sirve el maletín valioso y fragilísimo! Pero yo no puedo dormirme sobre los laureles de la escala cerrada o sobre el sillón de los académicos. Yo tengo que seguir mis viajes impresionistas.

Para ello lo que he hecho ha sido embalar cuidadosamente el maletín de honor y enviarlo a mi casa con encargo de que lo pongan decorando el salón. Y he telegrafado pidiendo que me envíen urgentemente mi viejo maletín de cuero basto curtido por las lluvias de los trópicos y los soles ecuatoriales, que ha resistido la nieve en los ventisqueros suecos y la arena del desierto africano. El bravo maletín cuya piel agujereó una bala disparada por aquel rifleño que quería agujerear mi piel... ¿No es este el verdadero maletín de honor? Hasta herido de guerra, digno de la cruz con distintivo rojo, resulta. Merece incluso los honores militares.

Más aun contando solo—como yo siempre hice, hago y haré—los honores civiles, mi viejo maletín los tiene grandes de fatiga y de riesgo.

Con él embarqué una vez más, para que junto a las etiquetas que lo decoran—¡que lo condecoran!—de papeles policromos que dicen “Paris”, “Berlín”, “Oslo”, “Napoles”, “Argel”, “Casablanca”, “Dakar”, “Manila”, “Hongkong”, “Shanghai” y “Tokio”, vengan otros a añadir “Habana”, “Veracruz”, “Nueva York”, “Montreal”.

Este quiero que sea mi auténtico maletín de honor. Sin dejar de agradecer, ¡claro!, que se me haya regalado el otro. Ese otro maletín, que no puedo ni quiero, ni acaso debo usar.

LUIS DE OTEYA
Cádiz, 4 de septiembre del 29.